Barbarie, asombro, manipulación

Intentar escribir este editorial resulta bastante difícil. No por lo poco que hay que decir, sino justamente por lo contrario: por lo mucho que da el asunto como para poder resumirlo a un par de hojas. El segundo problema es decir lo correcto, encontrar las palabras necesarias como para expresar un sentimiento y al mismo tiempo concebir algunos pensamientos que nos inviten a la reflexión. Porque la tragedia está muy cercana, a flor de piel, y eso no es bueno nada más que para desatar nuestros mejores sentimientos de solidaridad, de dolor propio de tanto dolor ajeno, de asombro ante la impunidad de los ejecutores y de la complicidad de un grupúsculo de poderosos (por armas, o por dinero, o por resentimiento, o por ansias de poder, o por motivaciones fanáticas que dan sustento a la arbitrariedad) o por lo que fuera el factor que determina que existan estos complots a nivel mundial. Por eso nos atrevimos a sintetizar en el título tres palabras de todo aquello que pensamos. Barbarie ¿y quién con dos dedos de frente lo puede negar? Asombro si aún estamos mirándonos frente al espejo por la magnitud de una tragedia que nos ha impactado por dentro. Manipulación ¿y quién no leyó la prensa, vio la televisión, escuchó las diversas voces (y de diferentes matices) que en un tono quedo y casi ceremonial trataron de sacar partido político a un hecho que iba más allá de unas elecciones?

A veces en esto de escribir un editorial es necesario apelar al "entendimiento" y éste es el caso. No decir nada que pueda ofender, sobre todo por lo cercanos que están los hechos y la importancia de los mismos. Y sin embargo es necesario decir algo, sacar afuera lo que muchas veces callamos; tal vez ese silencio es en parte culpable de muchas tragedias que el sentido común podría haber evitado. Porque cuanto más callan los justos más fuertes se sienten los miserables.

Con esto queremos decir que el terrorismo, quienes lo apoyan y quienes especulan con él con el fin de sacar una rentabilidad política, son fuertes cuando los ciudadanos nos desentendemos. Pero cuando reaccionamos y nos manifestamos contra la injusticia deben retroceder. Es una plaga, y los médicos bien sabemos que una epidemia se combate con antibióticos cuando ésta se declara, pero que el cuidado sanitario es lo que cuadra cuando se la pretende prevenir. Y para hacerlo hay que tener en cuenta factores que hacen fuertes a los criminales, entre ellos nuestra tendencia a no opinar.

Solemos reaccionar cuando la situación es límite; sin embargo muchas cosas se podrían impedir si actuáramos a tiempo. El mundo es como es, entre otras cosas, porque dejamos que así sea. Y esta barbarie indiscriminada contra la población civil se alimenta también desde posiciones que hacen que las cosas se radicalicen. El patrimonio de los fundamentalismos es un producto de la modernidad y no existirían si a ambos lados de la frontera no se dieran por igual. No hay motivo que justifique de ninguna manera el terrorismo, pero bien sabemos que la miseria y el hambre del mundo no occidental es caldo de cultivo y mercadería fácil para el uso de los apóstatas de mala fe. Y nos referimos a la cada vez más amplia desigualdad económica, sanitaria y cultural que existe entre países ricos y pobres, que sirve de soporte para que la magnificencia de algunos poderosos de la tierra acreciente su riqueza y poder. Lamentablemente hay un fenómeno mundial que hace que cada vez nuestros dirigentes sean más mediocres, más necios, más arbitrarios, y nos inclinen cada vez más cerca de la guerra que de la paz. Y es nuestra obligación el cambiar estas tendencias, hasta que encontremos nuevamente la cordura en los dirigentes y el mundo recupere su seguridad. De la lucha contra el terror se ocupan (o deberían) nues-

tras fuerzas de seguridad; de la lucha contra la necedad debemos ocuparnos nosotros. Por algo elegimos esta profesión: somos médicos, estamos en la primera línea de lucha contra las enfermedades del cuerpo, y por espíritu de supervivencia debemos también luchar por la mejora del entendimiento.

Porque el mundo no se divide entre el bien y el mal como los predicadores del terror afirman, sino entre lo que es justo y lo que no lo es (sabiendo que es muy difícil definirlo, aunque algunos lo hagan sin conocer). Y si volvemos a nuestro sentir, el suceso de Madrid es tan terrible que, a pesar de que diariamente, por nuestra profesión, nos enfrentamos a la muerte, es difícil de digerir y así lo asumimos. Esta vez parece que todos somos pacientes (en la doble acepción del término). Recordemos entonces el clamor de una sociedad que pretende vivir en paz. Y la solidaridad fue más potente que las bombas y se manifestó en las redacciones que miles de niños escribieron en las escuelas, en los millones de esquelas que la gente lanzó al viento o estampó sobre cualquier lugar de la estación de Atocha, del Pozo del Tío Raimundo, de Santa Eugenia, o de Alcalá de Henares. O con las velas encendidas en todos los corazones y plazas de todas partes del mundo... las palabras han sido tantas para expresar el dolor causado por tanta irracionalidad, maldad y premeditación, que enumerarlas en nuestro homenaje sería interminable. Y las palabras valen para las víctimas, sus familiares y amigos, los vecinos que acudieron inmediatamente a ayudar a los heridos, los donantes de sangre, los bomberos, los policías, el personal sanitario del SAMUR y del SUMMA, y los servicios de emergencia de las comunidades vecinas que acudieron juntos, y más de un servicio público o privado; los hospitales de Madrid que en horas habilitaron quirófanos y dispusieron de todo su plantel de médicos/as, enfermeros/as, y auxiliares, que prolongaron sus turnos hasta desfallecer, psicólogos, psiquiatras y asistentes sociales que prestaron apoyo a los familiares de las víctimas, y toda la población que acompañó en el sentimiento a los -para su desgracia- protagonistas de esta tragedia. Nunca antes los ciudadanos de España (tal vez en todo el mundo) reaccionaron tan masivamente a un acontecimiento que requería el ser solidario.

Como valoración final podríamos sólo agregar que ante actos criminales de tal magnitud no es cuestión ni de poner la otra mejilla ni de reaccionar con violencia, sino de encontrar dentro de nosotros esa conciencia, esa buena voluntad que tienen los justos que habitan en este planeta tierra.

Y una última apreciación con una pregunta que nos rondó la cabeza durante esos días: ¿por qué? Y la confusión alimentada por algunos medios de comunicación a muchos nos llevó a una segunda pregunta: ¿quiénes? Así fue cómo a tenor de querer negar la realidad, la guerra de Irak planeó como un ave de rapiña sobre nuestras cabezas. Sin embargo, no hay que perder de vista que no es sólo eso, porque el terrorismo es un fenómeno mundial del cual es muy difícil escapar. Se retroalimenta con la crispación y con la creencia de que todo tiene su contrapartida. Lo único cierto es que la violencia es producto de la necedad. Y la guerra, todas las guerras, la de Irak o lo acontecido en Madrid, tienen una misma raíz. Sun Tzu, un brillante general chino de alrededor del siglo V antes de Cristo, nucleó su filosofía de la guerra en un principio elemental: "***Todo el arte de la guerra se basa en el engaño***". Y su táctica para ganar batallas se sustentó en la idea de que "***los guerreros victoriosos primero vencen y después van a la guerra; mientras que los guerreros vencidos van primero a la guerra y después intentan vencer***". A buenos entendedores, pocas palabras bastan.